

crítica a la cristología tradicional e indica el camino hacia la cristología feminista de la liberación, que ha descubierto a Jesús como liberador, no en sentido general con respecto a los pobres, sino en sentido específico, con relación a las mujeres (cap. 7).

Finalmente, la autora señala una quinta ola de renovación que surge en el contexto de la transformación del mundo hacia una visión global, en el que todos los seres vivos se ven afectados por las acciones de todos (p. 28). Esta última ola viene de la pregunta por el significado de la universalidad de Cristo, no ya sólo para los seres humanos pertenecientes a diferentes religiones, sino también para todas las creaturas de la tierra y para todo el universo, en el contexto del actual sufrimiento del mundo y del creciente deterioro ecológico (caps. 8-9).

Sin llegar a desarrollar sus predicciones, Johnson vislumbra que posiblemente la sexta ola de renovación de la cristología vendrá de las cristologías no-occidentales que surgirán cuando las iglesias de Asia y África formulen la respuesta a la cuestión cristológica en palabras y categorías propias de su cultura.

Todas estas olas interactúan juntas y están contribuyendo a una reconfiguración del paisaje cristológico. Esta pluralidad de enfoques y lecturas, llevan a afirmar que el vivir la fe en Jesús en situaciones nuevas y a la luz de experiencias nuevas, lanza necesariamente a una nueva interpretación del significado de Cristo para la vida de los creyentes, dando lugar a diversas expresiones del único misterio de Cristo.

Podemos decir que con esta obra, Johnson logra acercarnos a la figura de Jesús desde algunas de las cuestiones cruciales que se le plantean hoy día a la cristología. Se trata de un libro escrito de forma amena y esperanzada, que logra aproximarnos a algunos de los enfoques teológicos recientes sobre la persona de Jesús y que a la vez despierta los deseos de permanecer siempre abiertos para acoger, como don del Espíritu, las nuevas olas que puedan acercarse a nuestra playa.—GERALDINA CÉSPEDES, OP.

SANTIAGO MADRIGAL, *Vaticano II: Remembranza y actualización. Esquemas para una Eclesiología* (Sal Terrae, Santander 2002), 422 pp. ISBN: 84-293-1467-9.

Dos cosas, por lo menos, pretende esta obra. Una, traer a la luz una vez más el Concilio Vaticano II. Otra, servir como manual básico de una Eclesiología enraizada precisamente en el Concilio. Las dos están indicadas en el título y subtítulo del libro y se cumplen a lo largo de sus páginas.

Para el autor, jesuita y profesor de Eclesiología en la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia Comillas, de la que es su actual Decano, los 40 años del comienzo del «hecho más importante de la vida de la Iglesia en el siglo XX», el Vaticano II, no deben pasar desapercibidos. Un acontecimiento tan determinante para la vida posterior de la Iglesia, con sus textos, decisiones y teología no puede ser olvidado. Tampoco considerado como algo obsoleto, sino más bien expuesto a seguir siendo «recibido» y actualizado, vigente en las generaciones posteriores que no lo conocieron directamente.

La primera parte de la obra se consagra a la «evocación y remembranza» del Concilio y consta de ocho capítulos. Contiene información histórica de sus comienzos y transcurso, proporcionada por algunos de sus protagonistas. El primero es el cardenal Suenens, uno de los cuatro moderadores conciliares, partidario de impul-

sar una mayor colegialidad y corresponsabilidad episcopal en el funcionamiento de la Iglesia. De sus *Memorias* toma Madrigal noticias de la intención de sus participantes y de las diversas tendencias que se dan cita en las discusiones de aula. Después, para las cuatro sesiones de que constó la asamblea conciliar, el autor se deja conducir de la mano de los redactores de la revista de los jesuitas españoles *Razón y fe* enviados a Roma. Los acontecimientos y las cuestiones debatidas van apareciendo una tras otra: el interés de Juan XXIII por la unión de los padres conciliares y la incorporación posterior de Pablo VI a la marcha de las reuniones, la autonomía proclamada por la asamblea frente a la curia romana, el *aggiornamento* y la «pastoralidad» como objetivos propuestos, la reelaboración de los distintos esquemas y la progresiva maduración del contenido de los temas y acuerdo mayoritario en las votaciones finales...

A continuación, Madrigal se vale de otras dos perspectivas que contemplan la trayectoria del Vaticano II. Una, la de cristianos protestantes —como K. Barth— que juzgan con respeto los documentos conciliares, permitiéndose asimismo cierta autocrítica sobre sus propios planteamientos. Otra, la del literato G. Torrente Ballester, publicada en el diario *Faro de Vigo* entre los años 1964 y 1967. Dejándole el protagonismo, Madrigal reproduce, resume y comenta sus posturas, reconociendo y alabando su acierto en la exposición de múltiples cuestiones eclesiológicas planteadas entonces y su reclamo de un cambio en la vida de la Iglesia. Finalmente, como cierre de la primera parte, se nos acerca al Concilio gracias al punto de vista del Sínodo de 1985, que lo interpreta con la categoría ya instaurada de la «eclesiología de comunión», y al de la carta apostólica de Juan Pablo II *Tertio millennio adveniente* (1994), que lo confirma sin reservas. Otros documentos de ámbito español e internacional acompañan estos juicios y marcan también la dirección que desean que siga la Iglesia. La posible «restauración» es contemplada y rechazada, apareciendo en el panorama eclesial, de nuevo, las distintas tendencias que ya estaban presentes en el Concilio y que señalan sus «luces» y «sombras».

Con la ayuda del último capítulo se entra cómodamente en la segunda parte, «actualización y recepción». Sin dejar de mirar al Vaticano II, el autor presenta sus «esquemas para una Eclesiología», recorriendo algunos temas correspondientes a un manual básico —no exhaustivo— de teología de la Iglesia. Ellos son: el debate y la complementariedad entre la concepción de la Iglesia como «pueblo de Dios» y como «misterio de comunión»; la teología del ministerio y sus comprensiones cristomonista y eclesiomonista; el estado de la teología del laicado y su relación con los ministerios; la corresponsabilidad, autoridad y participación en la Iglesia; el ecumenismo, entendido como «reconciliación corporativa entre las Iglesias cristianas con todo su pasado histórico»; el primado y la colegialidad; y el diálogo interreligioso. La conclusión del libro, «hacer eclesiología hoy», termina con la indicación de cinco encrucijadas actuales y pertinentes respecto a la realidad de la Iglesia.

Las cualidades de la obra del profesor Madrigal son muchas. Se trata de síntesis escritas en buen español, claras y pedagógicamente presentadas, de los temas que acabamos de señalar. No faltan breves resúmenes de aspectos tratados o exposiciones del estado de la cuestión, muy útiles —por otra parte— en toda actividad docente. Aunque algunos de los capítulos ya habían sido publicados anteriormente casi como aparecen ahora, el lector no percibe apenas desigualdades de composición o contenido entre ellos. Hay conocimiento y respeto por los textos aludidos, tanto los originales conciliares como los que han ido apareciendo en estos cuarenta años,

marcando una trayectoria definida. Los datos y la perspectiva histórica de cada cuestión son, pues, básicos en el enfoque de los temas seleccionados. Se tratan con competencia y seguridad puntos nada fáciles de abordar que tienen que ver con otras áreas de la teología, como la Revelación o la Cristología.

El autor se muestra claramente favorable a la innovación y proyectos que puso en marcha el Concilio y aboga por el avance al que apuntan, bien los documentos eclesiales estudiados o bien las demandas sociales y eclesiales del momento. De unos determinados temas —como el del laicado, y de la necesidad del cambio en su concepción— es más entusiasta que de otros. En algunos, tras haber sopesado con rigor las diversas aproximaciones teológicas, es más cauto en la manifestación final de sus preferencias. Al mismo tiempo, deja ver, de vez en cuando, su admiración por personajes como el P. Congar y rasgos de la espiritualidad ignaciana que le son obviamente familiares, indicados oportunamente en el texto. Por otra parte, en más de una ocasión el lector puede echar en falta un índice de siglas de documentos eclesiales, dada la frecuencia con la que muchos de ellos son citados en todo el libro.—PASCUAL CEBOLLADA, S.J.

C. DUQUOC, *Cristianismo: memoria para el futuro* (Sal Terrae, Santander 2003), 135 pp. ISBN: 84-293-1523-3.

Como su mismo autor, dominico francés que ya ha publicado varios libros sobre temas eclesiales, dice en el prólogo a la edición española, este libro preconiza una Fe liberadora como alternativa a quienes todavía creen que el declive del cristianismo actual puede ser objeto de una solución social o política fruto de acciones eclesiales. Decididamente, la esperanza está garantizada por Aquel a quien la Biblia denomina Roca, por ser inquebrantable. Podemos decir que ésta es la «oferta» que el autor hace al final del texto a través del cual pretende verificar sin mucha complicación la siguiente hipótesis: «la fe primitiva se había mantenido apartada de toda voluntad de dominación social y política, y sólo con su éxito en el siglo IV (conversión del Imperio) se descubrió con la misión de transformar este mundo según la utopía bíblica, interpretada como una tarea socio-política de la fe que condujo a crear la cristianidad, forma terrena de mesianismo institucional. Desde la Reforma esa antigua situación de dominio no ha dejado de obsesionar a la fe oficial. Con el Concilio Vaticano II se inauguró el duelo por ella, pero con todo no ha dejado de alimentar el sueño de ciertos cristianos en un mundo justo y pacífico bajo la realeza de Cristo».

El autor procede de un modo narrativo y de forma esquemática, distribuyendo el desarrollo de lo anterior en cuatro partes y facilitando la comprensión al máximo, para lo cual al inicio de cada una de las cuatro partes presenta en dos sucintos párrafos qué caminos va a recorrer en los capítulos de la misma.

La primera parte dedicada al nacimiento de la fe se centra en los que para el autor son los tres principales figuras en medio de una historia bíblica multiforme: Abraham, Moisés y Jesús. A través de lo que él llama *memoria enterrada*, Abraham y Moisés, los hombres que por la fe permanecieron creyendo a pesar de que la promesa no se cumplía ni en la posesión de la tierra, ni en la descendencia; hicieron el duelo de los contenidos demasiado particulares y se elevaron, a través de una historia dramática, a una percepción menos territorial y más universal de la antigua pro-